

El concepto “calidad de vida”

Santiago Ubieta

En nuestra sociedad todo se convierte en mercancía aunque en sentido estricto no lo sea. Un ejemplo es cuando se habla de “calidad de vida” con reiteración, machaconamente; está en el hablar de los profesionales del poder político, de los anuncios, de los que leen las noticias, de la sociedad en general, dándose por claro su significado. Sin embargo tiene un sentido ambiguo y difuso. La expresión ya fue utilizada hace 150 años por J. Stuart Mill en su conocido ensayo “El utilitarismo”.

Las connotaciones de la expresión y la aceptación normal e inconsciente son que la vida consiste en un producto más, en una mercancía. No debe olvidarse que en el sistema capitalista es así realmente, lo específico del mismo no es la explotación, ésta ha existido siempre, sino que la fuerza de trabajo es una mercancía que se compra y se vende.

Calidad significa: “propiedad o conjunto de propiedades inherentes a una cosa, que permiten apreciarla como igual, mejor o peor que las restantes de su especie” y vida, según el diccionario de la RAE es: “fuerza o actividad interna sustancial, mediante la que obra el ser que la posee”, también: “estado de actividad de los seres orgánicos”, y: “unión del alma y del cuerpo”, y: “espacio de tiempo que transcurre desde el nacimiento de un animal o vegetal hasta su muerte”, y: “duración de las cosas”, en otra acepción: “persona o ser humano”, se refiere a varias acepciones y sentidos más. No aparece “calidad de vida”.

Cuando la gente se refiere a la vida no se sabe muy bien qué significado preciso tiene. Si dicen que hay que respetar la vida de todo el mundo, nosotros cada día asesinamos a varios miles de personas de la periferia y no decimos nada, claro que es necesario para mantener nuestra situación consumista. Si se refieren a la vida de cada uno, a la propia, sí se intenta preservar y alargar. Pero también hablan del derecho a la muerte digna, de la

eutanasia como derecho, del alegre aborto como derecho, etc. Las leyes que amparan esos derechos o llegarán a ampararlos son sociales por lo que disminuyen la responsabilidad individual. Los derechos concernientes a la vida o a la muerte, sólo a las nuestras, están en el ambiente social de manera ambigua. Ya se sabe que el lenguaje se presta a juegos, manipulaciones y tergiversaciones, además tiene un papel coercitivo y limitativo según cómo se utilice. Recuérdese a Wittgenstein: "Los límites del lenguaje son los límites del mundo y los límites de mi lenguaje son los límites de mi mundo".

La expresión "calidad de vida" tiene éxito en nuestra sociedad consumista. En la confusión existente por medio del lenguaje limita lo que se entiende por vida, nos constriñe y, en la confusión sutil por medio del mismo, nos convierte en una cosa. Si en la realidad productiva nuestra vida es una mercancía, en la realidad del consumismo nuestra vida es una cosa. Cosa: "todo lo que tiene entidad, ya sea corporal o espiritual, natural o artificial, real o abstracta", es decir, nos convierte en algo, en cualquier algo. Vida-mercancía-cosa. En realidad mercancía, pues en nuestra sociedad consumista el centro son las mercancías.

Las empresas compiten por la calidad total, eso dicen los de marketing, la calidad de lo medible.

Relacionada con el llamado "estado del bienestar" está la llamada "calidad de vida" que está, a su vez, relacionada con las mercancías tangibles o con los servicios que la gente consume, con su cantidad y calidad. En este caso concreto es correcto hablar de calidad ya que se refiere a mercancías y es medible o comparable.

En lo que antes he recordado qué significa calidad se deduce que sólo puede aplicarse a cosas y una cosa es todo lo que tiene alguna entidad material o espiritual, como lo de espiritual no está claro en nuestra sociedad habrá que convenir que una cosa es un objeto inanimado por oposición a viviente, pues la calidad necesariamente, de acuerdo con su significado, debe ser

comparable y medible y las cosas espirituales no son medibles, difícilmente comparables y subjetivas.

La calidad, según su verdadero significado, supone la posibilidad de medición y si esto no es fácil a veces, por lo menos la de comparación con otras cosas de su misma especie que sirven de referencia. Sin esto, en sentido estricto, no puede hablarse de calidad.

“Calidad de vida” significa, pues, que la vida de uno tiene la cualidad de calidad, por lo que necesariamente es comparable con otras vidas y, en cierta forma, medible y es igual, mejor o peor que otras vidas. Pero esto es imposible conocerlo salvo que la calidad de la vida humana pueda medirse y esto tampoco es posible a no ser que se le adjudiquen una serie de atributos externos medibles o comparables, prescindibles por lo mismo y no tienen que ver con la vida en sí. Estos atributos externos que, añadidos por la sociedad, son las mercancías y la calidad es la de las mismas que el individuo consume. Las mercancías sí tienen una calidad u otra, son comparables. Para medir o comparar la calidad de las cosas se establecen y definen unos estándares medibles de cada una de ellas, entonces puede hablarse de calidad.

Las mercancías pueden contribuir a hacer que, aparentemente, la vida sea más placentera.

Cuando en la sociedad se habla de “calidad de vida”, al ser un concepto difuso, aunque aparente ser claro, la referencia suele ser etérea y se sobrentiende qué es y, en ese concepto, se incluye lo que se quiere, pero especialmente las satisfacciones materiales proporcionadas por las mercancías de todas las clases. Se incluye el ocio-mercancía; la salud-mercancía, concebida de manera bastante mecánica; la naturaleza-mercancía, etc.

Vida equivale en esta idea a un producto medible por su calidad. De manera imperceptible se considera al individuo como un objeto, que ya lo es en el funcionamiento del sistema, en el modo de producción que condiciona los

procesos humanos y sociales. El individuo se convierte en una cosa a partir de una sutil tergiversación del lenguaje.

Si ya en el modo de producción capitalista el individuo es una mercancía real, en la dinámica social ya se ha impuesto que sea un objeto. Los fines del hombre no existen de manera clara y sus "potencialidades divinas" (B. Russell) carecen de sentido, excepto cuando tienen resultados tangibles inmediatos, casi siempre en forma de mercancías de la clase que sean.

Algunos pensadores ya empiezan a intuir este hecho. El hombre mecánico, el hombre-máquina en una sociedad sin futuro.

A esto contribuyen varios factores, la era científico-técnica ha hecho concebir ciertas esperanzas fáciles, así, la ciencia alarga la vida, cura las enfermedades, las nuestras, no las de los de la periferia, incluso se alcanzará la inmortalidad, eso cuentan algunos. Aparecen negocios como la criogenización y se inventan expectativas a raíz de la aproximación al conocimiento del genoma, la clonación, las formas de manipulación de la vida, no sólo la animal o la vegetal, sino la humana, pero rechazamos con repugnancia la eugenesia practicada por los nazis. Todo son asuntos técnicos que inducen esta concepción del hombre. Si, al mismo tiempo, las mercancías proporcionan satisfacción y placer la "calidad de vida" debe aumentar.

Es innegable que tras esto hay fenómenos sociales peculiares. Algunos pensadores tratan de explicarlos.

Si la vida es una mercancía especial, de consumo propio y exclusivo, la muerte es, en consecuencia con esto, lo mismo. El tratamiento de la muerte es peculiar y muestra el utilitarismo, la ostentación, la cosa social, el rol social,...

Se muere fuera del hogar, en edades avanzadas, se burocratiza, etc. o en las desgracias de los individuos en ciertos casos como accidentes colectivos, muertes por fenómenos naturales,... la sociedad ofrece la atención de

funcionarios de los sentimientos, profesionales del consuelo burocratizado y en serie sustituyendo a lo antiguo, a la arcaica creencia en la inmortalidad del alma o en Dios. El individuo es tratado como una cosa más sobre la que se realiza un trabajo asalariado y burocratizado, con horario laboral,...

El actual sentido del utilitarismo es el de utilizar lo que sea en beneficio propio para el placer, la satisfacción. Es el sentido burdo tras las primeras ideas del utilitarismo. Las cosas son en cuanto tiene esa clase de utilidad, las personas son lo mismo, el hombre-mercancía y el resto.

Aunque la vida de la gente se trata como una mercancía de consumo no procede de la transformación de los bienes naturales por medio del trabajo, es mercancía en virtud de su utilidad es, el antiguo valor de uso de las mercancías, otro bien de la naturaleza aunque el hombre se considere ajeno a ella, pues la naturaleza es, en las sociedades urbanas, otra mercancía para consumir. En esto el hombre es peor tratado que el resto de la naturaleza.

El cambio social en la percepción y en la actuación tiene relación con la masificación del consumismo, con lo expresado de otras formas por pensadores actuales. Surge otra sociedad débil, otros valores, otras instituciones, otra ideología, la ideología desideologizada, vivir en una idea simple del utilitarismo.